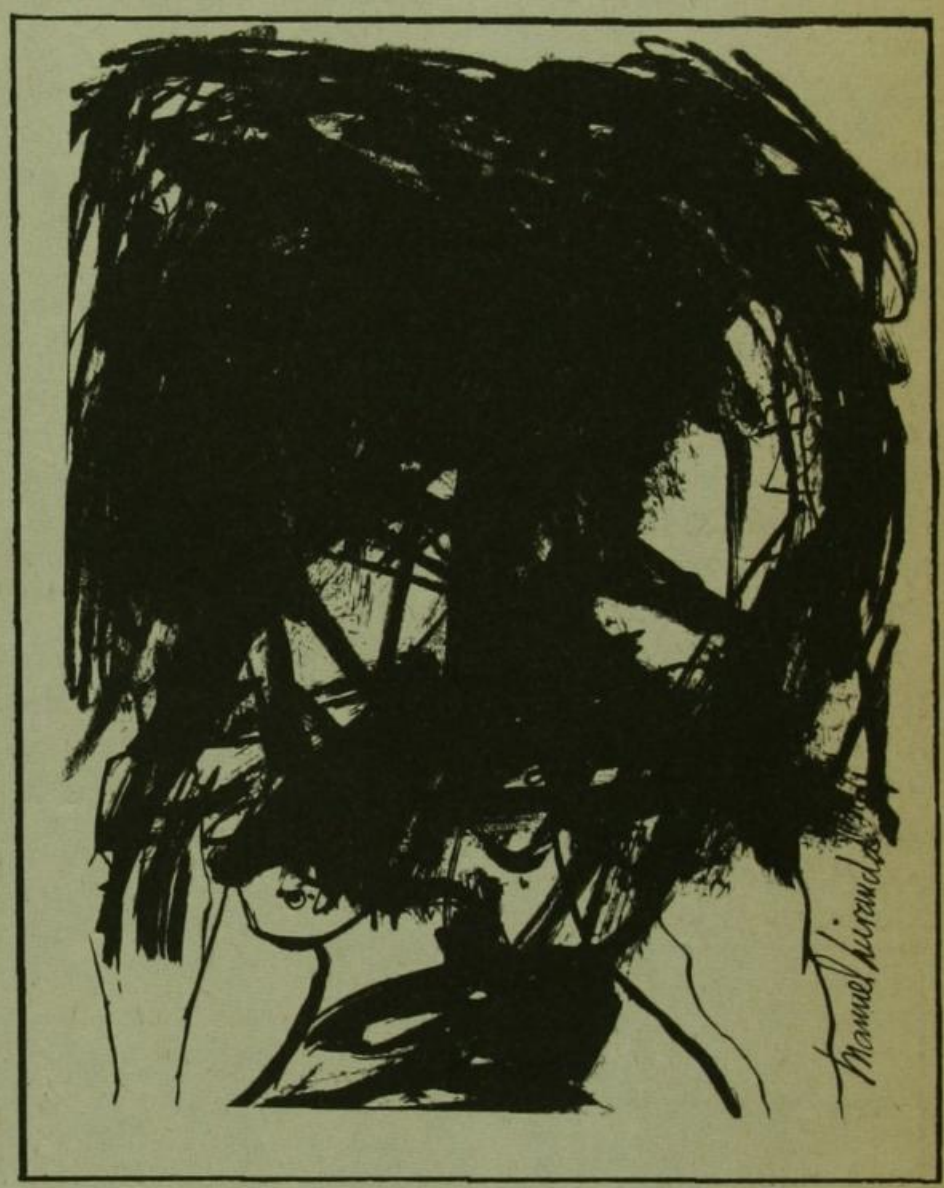
Charlas en la cocina

Leticia E. Santa María Gallegos

Pensar. ¿Para qué? Bastante tengo con existir y procurarme la existencia, alejada de cualquier reflexión que me conflictúe. Qué más da lo que ocurre a otras mujeres cuando yo puedo estar con la que amo. Qué me importa la devaluación del peso si sé arreglármelas para enamorar a quien puede resolverme el problema económico. La orfandad me tiene sin cuidado porque mi madre me quiere y sólo necesito portarme bien para que acceda a complacerme.

Soy una miserable, dicen algunas y hasta lo acepto. A un cuarto de siglo de vida, nunca he buscado la forma de asegurar mi subsistencia mediante un empleo, a pesar de haber recorrido algunas escuelas y haber tenido alguna oportunidad de trabajo. Me da mucha hueva. Total, no lo necesito. Aun en tal miseria puedo calzar los tenis que me gustan, portar los pantalones que mejor me entallan y, nunca falta la fuente para extraer un par de monedas que me permitan divertirme con una chica sonriente en alguna playa o discoteca.



No sé cuáles son mis privilegios. Lo único que busco es la compañía de quien sin mí no es ella y sin quien yo no vivo. Intercambio de amores, inyección de la fortaleza que nos roba la transacción extra y cotidiana del amor.

Vender amor aun lastimándonos, para después entregarnos al nuestro. Es verdad, su cuerpo no me pertenece, es su fuente de trabajo; pero su corazón sí. Ese es mío y, aunque a su capricho también mi voluntad está vendida, la prefiero a cualquier soledad o compañía. Ella me enseñó a amar y a su regazo acudo por un poco de cuanto mi padre eliminó en mi alma al negarme su calor y aceptación.

Así, entre la venta o experimentación auténtica de sensaciones y sentimientos fugaces, en roce con pieles a veces tersas y otras marchitas, doy variedad a mi tránsito por este accidente que es la vida, para terminar durmiendo con ella otra vez.

A veces y en varios estilos me reclaman haber lastimado un corazón, ¿es que hay más corazones aparte del mío?